

"ROSAS ROJAS PARA MI"

UN EXCELENTE O'CASEY PARA EL TEATRO ESPAÑOL

Por JOSE MONLEON



UNO de los títulos que marcan el decoroso e insólito nivel alcanzado por los teatros madrileños en las últimas fechas es, sin duda, «Rosas rojas para mí», de Sean O'Casey, estrenada en el Beatriz bajo la dirección de José María Morera. El estreno constituyó un extraordinario éxito, con un público puesto en pie, ¡bravos!, ovaciones y demás signos que han acompañado a la presencia de las obras y montajes que hoy magnifican nuestra cartelera. Y es que ya se sabe que hay dos clases de aplausos: los corteses y amables que siguen a las obras de consumo y pasatiempo, y estos otros, apretados, violentos, en los que el público se pone por entero en la palma de sus manos.

«Rosas rojas para mí», con ser una gran obra, planteaba muchos problemas a diversos niveles. De un lado estaba el de la comprensión, por cuanto alude a una serie de conflictos encuadrados en las peculiaridades de la sociedad irlandesa de hace

medio siglo. ¿Hasta qué punto el desconocimiento de la realidad histórica sobre la que operaba O'Casey podía hacer ambigua o equívoca la interpretación del drama, reduciéndolo a defensa de la huelga? ¿Cómo sería entendida, por ejemplo, la relación entre católicos y protestantes en función del pensamiento político de O'Casey? ¿Cómo la actitud casi revolucionaria del Pastor? Interesarían esos personajes populares, equivalencias de los que aparecieron en «Los bajos fondos», de Gorki, y a los que tan cicatera atención prestara nuestro público?

Eso sin entrar en los problemas puramente escénicos. ¿Podría Morera proponernos una puesta en escena creadora y aclaradora? ¿Lograria Nieva dominar su imaginación en orden a las significaciones políticas del drama? ¿Salvaría Sastre los problemas de la «adaptación» y de la censura? ¿Se conseguiría un reparto aceptable para obra de tantos personajes? ¿Permitiría



el éxito afianzar una empresa tan arriesgada?

Todas estas preguntas flotaban en el Beatriz antes de iniciarse la representación. Y justo es señalar que fueron, casi en su totalidad, contestadas satisfactoriamente. Vayamos por partes.

PEQUEÑA HISTORIA DE UN LUCHADOR

O'Casey nació en Dublín, en 1884, en una humilde familia protestante. Aprendió a leer a los trece años, tras una infancia enfermiza y llena de privaciones. Conoció directamente los barrios bajos de Dublín y se apasionó por el teatro leyendo a Shakespeare. Socialista, participó en las huelgas de 1913, y, en la revolución de Pascua de 1916, estuvo a punto de ser fusilado. El fracaso de esta revolución le afectaría profundamente; la muerte del líder sindicalista James Connolly le hará abandonar sus esperanzas en el nacimiento de una Irlanda independiente y socialista; a partir de entonces dejará de combatir en las calles para defender sus ideas en sus textos. Irlanda no alcanzaría su independencia hasta 1949; hasta ese momento, todas las posiciones, incluso las aparentemente religiosas, estarían, en función de ese objetivo —dado que los ingleses eran protestantes, el catolicismo se convertía en la religión de la resistencia—, sangrientamente perseguidas. O'Casey, frente a esa larga lucha irlandesa, se pregunta si, a fin de cuentas, no se estará corriendo el riesgo de morir por cambiar la nacionalidad de los amos. El problema, según él, es que, al término de la lucha, no haya amos de ninguna clase; lo que, automáticamente, le excluye de la exaltación nacionalista que guía a sus compatriotas. Frente a la magnificación táctica del «espíritu irlandés», frente a la idealización de sus rasgos culturales, frente al monolítico entusiasmo patriótico, ahí está O'Casey recordando los «bajos fondos» de Dublín, mostrando la superstición religiosa de sus masas, sacando a escena los temas de la miseria y la ignorancia.

Se comprende muy bien que esta honradez fuera arrinconándole poco a poco. Y que de «gran esperanza» del Teatro de la Abadía, fundado en torno a la gran figura de Yeats para exaltar teatralmente el espíritu irlandés, pasase a autor sin teatro donde estrenar, a escritor inoportuno e indeseado. En 1930 ya no tuvo más remedio que marcharse de Irlanda, fijando su residencia en Inglaterra, donde, obviamente, seguiría escribiendo un teatro alimentado por los temas de su país.

Estas «Rosas rojas para mí», escritas en 1943, en el marco de una guerra antifascista en la que él creía profundamente —y a la que dedicaría una de sus obras—, es la consciente o intuitiva relectura

de la actitud que le obligó a salir de Irlanda. Ciertamente había que vencer a Alemania, pero ello no excluía la necesidad de pensar sobre las duras condiciones de vida de ciertas masas trabajadoras y la consiguiente puesta en marcha de un proceso que las modificara. O'Casey, uno de los más grandes y menos representados autores de su tiempo, siempre independiente y a menudo oportunamente inoportuno, murió en una pequeña ciudad inglesa, a la edad de ochenta años, el 18 de septiembre de 1964.

En el número que le dedicó la revista «Theatre Populaire», a raíz de montar Jean Vilar «Rosas rojas para mí», en el T. N. P., se señalaban veinticuatro títulos de O'Casey, con indicación de la fecha en que fueron escritos o estrenados. El primero, de 1918, es «El manto de Rosheen»; el último, de 1958, «Los tambores del padre Ned».

O'Casey había empezado a escribir en un tono marcadamente naturalista. Hablaba de un mundo que conocía bien, mostrando conflictos y personajes extraídos de su propia experiencia. En «Rosas rojas para mí» llegaría casi a la autobiografía. Ayamonn era él mismo, y detrás de casi todos los personajes fundamentales del drama se escondía un nombre real concreto ligado a sus años de juventud y de actividad política. Algo nuevo había, sin embargo: frente a la amargura anarquista de su retirada, este Ayamonn moría por un objetivo preciso. Superando la confusión religiosa, la superstición o el idealismo patriótico, la figura de Ayamonn emergía lúcida y como en el Brecht postanarquista de la segunda etapa, se sacrificaba por el futuro.

También el naturalismo, la siempre elogiada capacidad de O'Casey para la elaboración de caracteres, se sumergía en una más rica y compleja poética. Shakespeare y Darwin, los dos «descubrimientos» de su juventud, estaban presentes...

LAS PRIMERAS PREGUNTAS

Hacíamos antes una serie de preguntas, que dividíamos en dos grupos. Unas se referían, específicamente, al tratamiento y comprensión de «Rosas rojas para mí» ante y por un público español. Las otras, también fundamentales, eran de orden más inmediato y escénico. Asomémonos ahora a las primeras.

Creo yo que «Rosas rojas para mí» corre el peligro de reducir su compleja problemática a un solo tema, que es, justamente, el que ha sufrido mayores y obligados recortes. Me refiero al de la huelga de Ayamonn y a su muerte a manos de la policía.

Si la obra fuera sólo eso, deberíamos convenir que sobran infinitud de cosas. Describir unos personajes, a través de indiscriminados datos, para, en el último tramo



Uno de los temas: la relación de protestantes y católicos a través del protestante Ayamonn (Carlos Larrañaga) y la católica Sheila (María Luisa Merlo). Abajo, Carlos Larrañaga y Venancio Moreno.



Dos fuerzas clave en la visión sociopolítica de Irlanda: la Iglesia protestante (Luis Peña) y el Estado, el mundo revelado por O'Casey al nacionalismo irlandés: los «bajos fondos» de Dublin.

ROSAS ROJAS PARA MÍ



de la obra, mostrar la organización de una huelga y la muerte de uno de sus cabecillas, sería, como plan dramático, una cosa muy discutible. Ni siquiera bastaría que ese montón de datos nos diera algunos caracteres y que Ayamonn, entre sus libros y el ensayo de sus representaciones, alcanzase una particular consistencia vital y social. No, no. En «Rosas rojas para mí» se conjugan diversos planos muy concretos a los que ya he hecho alusión. De un lado está, ciertamente, la huelga. Pero la actitud de católicos y protestantes —entregados a bizantinas peleas por la «posesión» de San Patricio—, la paliza al «darwinista», el diálogo entre el policía y el Pastor, la veneración a la virgen de escayola, metido todo ello en el contexto de la guerra de independencia, es muchísimo más que ese telón de fondo costumbrista a que, a juzgar por numerosos comentarios, ha quedado reducido en la comprensión de la obra por parte de bastantes espectadores. Reducir «Rosas rojas para mí» a un canto a la huelga, es, al margen de las razones políticas inmediatas que puedan contribuir a ello, una terrible esquematización de O'Casey. Es, por el contrario, imprescindible superar cualquier adhesión emocional para seguir el pensamiento «total» del autor e insertar el tema, sin duda fundamental en la obra, de la rebelión de Ayamonn en el cuadro general. Cuando O'Casey escribió «Rosas rojas para mí» ha-

bia abandonado, desde bastante tiempo atrás, su confianza en la Iglesia y el Nacionalismo Irlandeses. La realidad, el documento, era interpretado desde esta decepción. Allí estaba, en efecto, la «singularidad» irlandesa, con su candorosa fe religiosa, su espíritu polémico y su voluntad de librarse de los gobernantes ingleses... Las palabras de Ayamonn, su muerte y su actitud jugaban el papel de una luz sabiamente colocada que descubriese la falsedad del cuadro convencional y la necesidad de una nueva imagen de Dublin.

¿Lo entiende así el público? ¿No hubiera sido bueno decirle, por ejemplo, que el Pastor de «Rosas rojas para mí» es trasunto de un personaje real que fue expulsado de su iglesia por sus simpatías hacia los revolucionarios? ¿Queda bien precisada la «impotencia total» del Pastor pese a sus palabras?

«Rosas rojas para mí», por ser una gran obra, tiene muchos puntos de apoyo. El problema está en que no se excluyan y en que la obra llegue al espectador como el análisis de una sociedad mediante la contemplación dramática de varios temas equilibradamente relacionados entre sí.

LAS SEGUNDAS PREGUNTAS

José María Morera ha hecho su mejor trabajo escénico. Para mí sus-

to, solo ha faltado cierta documentación escenográfica, que facilitara o insinuara la reflexión general antes comentada. Salvo ese extremo previo, su aportación es excelente. Morera no se ha limitado, como pide la vieja crítica, a «servir» a la literatura; ni tampoco, me parece, se ha inventado cosas gratuitas. La invención, la imaginación creadora, corre paralela a la sustancia dramática de O'Casey, de manera que su puesta en escena es, a un tiempo, personal, arriesgada, y, como debe ser, profundamente respetuosa. Ha contribuido decisivamente a que la obra «pase» la batería, si quiera vitalmente, interesando a los espectadores por los personajes y, muy vibrantemente, por el tema dominante de las ideas y muerte de Ayamonn. Nieva ha sido su brillante colaborador. Su escenografía ha conciliado las dos dimensiones formales de «Rosas rojas para mí»: su naturalismo y su carácter épico, su atención al ámbito íntimo de una casa modesta y a la plaza abierta de las gentes miserables. La iluminación, efectista, pero muy brillante y expresiva, ha sido otra baza del éxito. En cuanto a la adaptación de Alfonso Sastre, muy fiel, salvo los obligados cortes, tiene a su favor el carácter de verdadero texto «reescrito» de principio a fin, es decir, pasado a través de la personalidad del adaptador. Ello le confiere una gran autenticidad, y, también, a veces, la ya tradicional impotencia de

Alfonso Sastre para las escenas líricas. Digamos, en todo caso, que Sastre ha renunciado a los problemas de la «actualización» para ofrecernos una adaptación puramente literaria. El reparto, extensísimo, alcanza un nivel general muy estimable. Incluso los viejos recursos de Venancio Moreno acaban encajando en su personaje, prestándole una comunicabilidad que le viene muy bien a la representación. Carlos Larrañaga y María Luisa Merlo, habituales intérpretes de blandas comedias comerciales, realizan el más hermoso esfuerzo de su carrera y merecen el aplauso. Aplauso que incluso llega para subrayar el buen gusto de Carlos Larrañaga negándose a decir las palabritas de rigor la noche del gran triunfo.

Queda aún que felicitar a la empresa, cosa que rarísimamente he hecho en mi vida. Porque «Rosas rojas para mí» no es una de esas obras difíciles que, si las cosas van bien, pueden hacer millonario al empresario. No, «Rosas rojas para mí», por su tema, por sus dificultades y por su nómina, está destinada a provocar pérdidas o a permitir las amortizaciones. Y eso son pocos los que se atreven a arrostrarlo.

O'Casey, el viejo luchador, ha legado a nuestros escenarios con una obra que escribió hace veinticinco años. Es una buena noticia, aunque sea un poco triste. ■ J. M. Reportaje gráfico: RAMÓN RODRIGUEZ.